Literatura panameña actual

Poco difundida fuera de los límites del propio país[1], la literatura panameña es conocida no integralmente, sino por alguna publicación solitaria de unos cuantos escritores. Ni siquiera en estos casos es familiar la totalidad de la obra, a veces múltiple. Rogelio Sinán (1904) (en su país: el Maestro Sinán) es apreciado internacionalmente por varios de sus excelentes cuentos, a pesar de que también cultiva el verso, con lo cual se dio a conocer primeramente: su poemario *Onda* (Roma, 1929), revolucionó en Panamá una tradición poética apenas iniciada y participó vigorosamente en las novedades vanguardistas, que en la república istmeña hacía poco empezaban a esbozarse. En el extranjero, su actividad novelesca es estimada por unos cuantos enterados. Pocos de estos conocerán *La isla mágica* (1980)[2], de la cual la chatura del medio ha querido excusar una pretendida pornografía (¡oh manes de Joyce, Lawrence, Miller, Sábato!), voluminosa narración con la que mereció, de nuevo, el Premio Ricardo Miró, máximo (y único) galardón literario de Panamá, merced al cual se desarrolla la literatura panameña, toda vez que fuera de la Librería Cultural Panameña (una editora particular); la Editorial Universitaria (excelentemente dirigida por el historiador doctor Carlos Manuel Gasteazoro, y que es, al parecer, la única con un programa editorial coherente y obvio); el Instituto Nacional de Cultura y Deportes (que mientras más se afianza peores ediciones presenta), todas relativamente recientes, no existen editoriales en el país, lo que obliga a los autores a publicar por cuenta propia.

Como Sinán («el talento creador más global que ha producido nuestro Istmo»), Joaquín Beleño (1921), y Tristán Solarte (1924) gozan de cierta estimación pública en el exterior. [Para Anderson Imbert, Beleño, Solarte y Ramón H. Jurado (1922-1979) son los «tres mayores novelistas» panameños]. Beleño por una serie de novelas que consideran el tema del Canal de Panamá como *Luna verde* (1951) o *Gamboa road gang* (1960) (con reediciones las dos) y que, afirman, han sido traducidas a varias lenguas. [Existe un panorama sobre *El tema del canal en la novela panameña* (Caracas, 1975), de Mélida Sepúlveda]. El realismo y la denuncia social son dos características destacables en la obra de Beleño.

Solarte, Premio Miró tal como Beleño, es conocido en el extranjero por *El ahogado* (1957), cuya segunda edición corregida es de Buenos Aires, 1962. Ha sido trasladado

---

[1] Situada en el más bajo y angosto de los istmos de la región centroamericana, Panamá limita al Este con Colombia, al Oeste con Costa Rica, al Norte con el Mar Caribe y al Sur con el Océano Pacífico. El año de 1502 inició la etapa hispánica de su historia, que se clausuró en 1821, al independizarse el país de España y, acto seguido, unirse a la Gran Colombia (confederación de Venezuela, Ecuador y Colombia). Al desmembrarse ésta, Panamá (ya sólo unida a Colombia) secesionó tardíamente (en 1903) después de varias intentonas previas. La separación efectiva se logró con la ayuda (valga la afirmación atenuada) de los Estados Unidos de América, en cuya órbita ha seguido gravitando el país ya por deseo expreso de las clases detentoras del poder y a pesar de la protesta (a veces violenta y con derramamiento de sangre) manifestada por algunos de los que piensan y actúan diferentemente de la mayoría pasiva de un país que en 1980 acaso alcanzaba dos millones de habitantes (no muy apegados a las actividades culturales, porque no producen dividendos) esparcidos en unos 75.000 kilómetros cuadrados.

[2] Cuando no figura lugar de edición se entenderá que ha sido en Panamá.

al francés. Se trata de una novela de corte tradicional que utiliza el mito de la tulivieja. Solarte (en la vida civil Guillermo Sánchez Borbón, hermano del fallecido cuentista José María Sánchez), también es poeta (a éste le debemos *Aproximación poética a la muerte*) y autor de otra novela muy lograda, *Confesiones de un magistrado* (1968), que confirma sus dotes de narrador.

Fuera de Panamá también se conocen *Duplicaciones* (1973) (y otras prosas del mismo narrador aparecidas en revistas de tanta difusión como *Papeles de Son Armadans*), de Enrique Jaramillo Levi, que ha merecido comentarios de extranjeros y nacionales (del novelista Pernett y Morales, por ejemplo); *Viento de agua,* de Jorge Turner (ambos publicados en México), y *Dar la cara* (1975), de Manuel Orestes Nieto (1951), galardonado en el Concurso Casa de las Américas. Nieto se perfila como el poeta de vena social más importante y el de mayor promesa entre los de su promoción. Entre otros libros ha publicado *Reconstrucción de los hechos* (1973), poemario ganador del Concurso Miró.

Dos antologías de poesía editadas en el extranjero cumplen una labor divulgadora, aunque con deficiencias. Una, *Poesía joven de Panamá* (México, Siglo XXI, 1971), reduce la breve selección a cinco poetas que entonces oscilaban entre los treinta y cuarenta años. La otra, *Antología general de la poesía panameña (siglos XIX-XX)* (Barcelona, Bruguera, 1973), fue una versión aumentada y sin corregir de otra de 1954. A esta antología se le han reprochado anacronismos intolerables, volumen excesivo, juicios comprobadamente errados, confusión total de las fuentes críticas, mezcla de poetas logrados con versificadores mediocres y pésimos poetastros (valga la redundancia) y visión caótica.

Al margen de los mencionados anteriormente, pocos son los otros cuya obra ha tenido repercusión general fuera de la república, aunque demuestren calidades intrínsecas que no desmerecen en comparación con las de otros países. Vale la pena destacar a algunos sin implicar por ello la desvalorización de otros, también valiosos. Esta observación puede parecer muy elemental y aun jocosa, pero conviene para una literatura como la panameña, ya que en medio suele suponerse que la consideración de éstos se hace en desmedro de aquéllos.

Apenas se trata aquí del teatro, porque éste se publica y estrena poco en Panamá. En el Istmo siempre ha sido la Cenicienta de los géneros, entre otras causas, porque en el Concurso Miró la sección de teatro hasta hace poco no tuvo permanencia. El Maestro Sinán, Ramón H. Jurado y José de Jesús Martínez (1929) se han dedicado a la dramaturgia. Jurado lo ha hecho muy subsidiariamente. Martínez (con obra estrenada en el extranjero), como parte de una tarea que se despliega también en poesía. Y la varia obra dramática de Sinán incluye teatro para niños con *La Cucarachita Mandinga* y *Chiquilinga*. Otros dramaturgos son: Carlos García de Paredes (1924), Jarl R. Babot (1946) y Agustín del Rosario (1945). De estos tres, García de Paredes (Premio Miró en más de una ocasión) es el que más ha publicado y estrenado teatro y se dedica con exclusividad a este género. Babot, que escribe versos tal como del Rosario, parece ser el que con más preparación profesional se dedica a las tablas, ya que tomó cursos especializados de dirección teatral. Antes que Babot, en Panamá otros que hacen teatro habían estudiado arte dramático en el exterior: Sinán y Roberto McKay.

Elsie Alvarado de Ricord, poesía y crítica

Dado que los críticos se equivocan y los escritores conscientes (que no abundan por Panamá) prefieren hacer caso omiso de las observaciones de los primeros, Elsie Alvarado de Ricord (1928) (única mujer que acertadamente cultiva la crítica en Panamá y tal vez, sin distinción de sexo, la que mejor la practica), no se redujo a su labor de comentarista literaria como algunos sugerían, sino que continuó escribiendo poesía. El resultado de esto fue la publicación en 1973 de dos libros importantes para la literatura panameña: el brillante ensayo *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró* [3] y el poemario *Pasajeros en Tránsito* [4]. Los dos recibieron elogiosos saludos críticos, hecho explicable si se piensa que la *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró* se instaló como la única monografía sobre la obra de Ricardo Miró (1883-1940), considerado el poeta de Panamá. Como faltaba un estudio integral de su poesía (por alejada que estuviera del gusto actual, pues Miró estuvo a caballo entre el Romanticismo y el Modernismo), Elsie Alvarado lo acometió con método estilístico, que en Panamá ella introdujo con brío y que sigue siendo, entre los de nuestro siglo, el más novedoso en el medio, aunque sus practicantes sean pocos. (La crítica precedente fue fundamentalmente impresionista, filológica o histórica, como sigue siendo casi toda la actual.)

En la *Aproximación* Elsie Alvardo de Ricord manifiesta tres preocupaciones fundamentales: la de realzar la poesía de Miró, ya que en la literatura panameña fue un hito; la de escudar esta obra de las observaciones injustas de los que en ella no quieren ver los logros efectivos y la de hacer comprender que la crítica atomista se equivoca al usar métodos puramente mecanizados que no consideran el fluir anímico de la literatura. En el ensayo (en el cual el estudio se hace con atención a los núcleos emocionales), se concluye que Miró no es una figura continental, «pero sí un representante de nuestra lírica que no desmerece en el concierto de los poetas hispanoamericanos, gracias a su honda inspiración y a algunas de sus metáforas de sorprendente belleza».

Pasajeros en tránsito representó una transformación decisiva en la lírica de Elsie Alvarado. En él comenzó a emplear el vocabulario de las especialidades y técnicas de la época contemporánea, además de transparentar los sentimientos de alienación y masificación que en nuestra época son frecuentes. Asimismo, señala la belicosidad y militarización creciente en las sociedades modernas, fundamentalmente las iberoamericanas. Es obvio que el título del libro se refiere a una realidad de nuestra época, la de los viajes aéreos, pero también alude al hecho de que en la vida, por nuestra condición mortal, carecemos de permanencia. «Turistas somos de nuestro destino», dice otro verso.

Con *Pasajeros en tránsito* Elsie Alvarado de Ricord se destacó como la única que en Panamá practica la ruptura del sistema con vocabulario que sentimos de la época contemporánea. (Ester María Osses, poetisa ella también, celebró el logro diciendo que ya la poesía marcha acorde con los adelantos de las ciencias contemporáneas y

---

[3] ELSIE ALVARADO DE RICORD: *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró* (Premio Ricardo Miró), INCUDE, 1973, 218 págs.

[4] ELSIE ALVARADO DE RICORD: *Pasajeros en Tránsito,* Impresora Panamá, 1978, 59 págs.

recoge su nuevo lenguaje.) Su poemario posterior *Es real y es de este mundo* [5], representa la explotación de la nueva técnica. En el título se nota una ruptura, pues viene a la mente la frase coloquial «no es nada del otro mundo». Es que en sus dos poemarios la poetisa potencia el habla coloquial nivelándolo con el uso literario. Este procedimiento es distinto del de mucha de la poesía contemporánea que se expresa íntegramente en formas coloquiales debido a un manifiesto deseo de acercarse a las masas.

Los títulos de ambos poemarios provienen de versos de los libros y los dos se inscriben, como los anteriores de la autora, dentro de la temática amorosa, a pesar del matiz social que en estos dos se constata.

La poesía de Elsie Alvarado de Ricord ha sido traducida al inglés, lo que favorece su difusión. Y ella es conocida en los círculos de especialistas del lenguaje por su magistral tratado *El español en Panamá. Estudio fonético y fonológico.* (1971). En 1980, la Universidad de Panamá hizo de la III Semana de la Literatura Panameña un homenaje en su honor.

Queda por comentar, de la misma autora, *Rubén Darío y su obra poética* [6], que también fue premiado en el Concurso Miró. Utilizando otra vez el método estilístico, Elsie Alvarado de Ricord hace un pormenorizado estudio de la poesía de Rubén Darío, que desmonta en períodos, actitudes, temas centrales, motivos y procedimientos estilísticos. El libro se caracteriza por una justipreciación de la obra de Darío en sus múltiples facetas y no solamente en la más conocida, que ignora la vertiente social del Padre del Modernismo.

Con *Rubén Darío y su obra poética*, el dariismo panameño conquista una nueva dimensión, la de la madurez.

Rafael Leónidas Pernett y Morales, novelista

Justo Arroyo (1936) y Rafael Leónidas Pernett y Morales (1949) (la conjunción entre los apellidos resulta curiosa para Panamá), ambos naturales de la provincia atlántica de Colón, pergeñan narraciones en las que se traslucen influjos de sus adivinados escritores favoritos: Cortázar, el primero, y Cortázar, Cabrera Infante y García Márquez, el segundo.

Pernett y Morales, no obstante su ausencia del país (es médico avecindado en Salamanca), conoce a sus colegas nacionales tan bien como a los escritores extranjeros, y suele hacer homenajes a los autores que frecuenta, utilizando una técnica que en el cine de ciertos directores franceses de hace unos años era visible y que, también, ejemplificó García Márquez en *Cien años de soledad.* (Véase *Estas manos son para caminar,* páginas 223, 241).

La primera novela de Pernett y Morales, *Loma ardiente y vestida de sol* [7] (Premio

---

[5] ELSIE ALVARADO DE RICORD: *Es real y es de este mundo,* Impresora Panamá, 1978, 53 págs.

[6] ELSIE ALVARADO DE RICORD: *Rubén Darío y su obra poética.* Prólogo de Arturo Sergio Visca. Motevideo, Biblioteca Nacional, 1978, 270 págs.

[7] RAFAEL PERNETT Y MORALES: *Loma ardiente y vestida de sol,* INCUDE, 1974, 155 págs. Hay segunda edición.

Ricardo Miró como la otra), predice la segunda, *Estas manos son para caminar*[8]. Las dos tienen elementos autobiográficos, y en ellas se reiteran personajes, técnicas y situaciones. (Cf., por ejemplo, págs. 126-127 de la primera, y 318-321 de la segunda.) Por cierto, en lo que se refiere a las situaciones, se trata de un defecto que conviene que la crítica señale. Pero no desmerita los muchos logros de su creación que, apoyada en una vena de humor (negro, que alcanza el grotesco), desconocida en la literatura panameña, se propone una crítica social que, si sigue en una obra mejorada, merced a la experiencia y las dotes creadoras de Pernett y Morales, desembocará en una novelística de primer lugar.

Loma ardiente y *Estas manos* introducen la utilización lúdica del lenguaje coloquial panameño de las clases socioculturales urbanas, y hacen mofa de lo que constituye el *status quo,* sea éste literario, político o social. Debido a que registran usos regionales, las novelas limitan su público a los que entienden tales hablas, aunque el éxito de *Tres tristes tigres* invalide este aserto. Para un panameño, resultan simplemente cómicas (como la primera reacción, no la profunda). Nunca antes en Panamá se había plasmado con tal intención irónica y burlona los usos populares de la ciudad. Los personajes recorren toda la escala de la dividida sociedad panameña y representan las obsesiones, debilidades y manera de ser colectivas. Pernett y Morales percibe todo con fino ojo y oído críticos. Su obra se inscribe en una línea parecida a la de Juan Goytisolo, por lo que tiene de crítica.

El lugar común es que ciertos humoristas ríen por no llorar. La expresión cabe en el caso de Pernett y Morales, pues hay una amargura de fondo con la que visualiza a sus personajes. En *Loma ardiente* se sintetiza en las siguientes líneas:

> «La gente de la Loma no tiene final del camino, que su vida es un solo sendero que no llega a ninguna parte porque tampoco empieza.»
>
> (pág. 43)

Y no es menos triste lo que en *Estas manos* se dice, extendiendo la mirada más allá del proletariado urbano para abarcar todo el país:

> «En cierto modo, lo bueno que tiene Panamá es que las cosas no progresan, aunque las mentiras de cemento nos hagan creer que las cosas son color de rosa y que ponerse en algo es lo último.»
>
> (pág. 116)

> «Con lo difícil que resulta pensar en un país como Panamá, siempre rodeado de películas pornográficas, música estridente y televisión de la mala, siempre cerrando posibilidades intelectuales.»
>
> (pág. 219)

El paisaje de las dos novelas es la urbe. En el Istmo vale decir sólo dos ciudades, las de la región de tránsito, Panamá, la capital, y Colón, la segunda ciudad del país,

---

[8] RAFAEL PERNETT Y MORALES: *Estas manos son para caminar,* Ediciones INAC, 1977, 427, págs.

que son las más conocidas por los extranjeros, aunque no necesariamente sean las más representativas de la totalidad de Panamá.

Si alguna diferencia fundamental se acentúa entre *Loma ardiente* y *Estas manos* es que, en la primera, lo que predominantemente se pinta es un barrio popular, si se permite este eufemismo. En *Estas manos* se trata de un pobre que ha ascendido a ocupar un lugar social prominente (se hace médico y luego Ministro), y forma parte de la alta burguesía (que tiene su origen en las clases desheredadas) cuyas costumbres se fotografían.

Asimismo, en *Estas manos* es más amplia la crítica. En *Loma ardiente* es predominante la consideración de las clases desposeídas. (El título refiere a una «barriada bruja», nombre con el cual se conoce en Panamá lo que en España son chabolas; en Chile, callampas; en la Argentina, villas miserias y en el Brasil, favelas: internacionalmente a poblreza se encuentra muy bien repartida.) En *Estas manos* se ensancha la mirada y entra en la visión mucho más y con mayor frecuencia: las relaciones de Panamá con los Estados Unidos de Norteamérica, los grupos culturales minoritarios, la aristocracia, la discriminación racial (oficialmente inexistente), los inmigrantes españoles que rápidamente ascienden a la clase de los nuevos ricos, el machismo institucionalizado (con su temido corolario obsesivo, la homosexualidad), etcétera. No es que estos elementos no se encuentren en *Loma ardiente,* pues sí los hay y ello explica algunas similitudes entre las dos obras. Pero en *Estas manos* hay más insistencia sobre ellos y la mera extensión de esta novela (427 páginas; en el país no son frecuentes las novelas largas) —y Pernett y Morales, en broma contra sí mismo, alude a la extensión en el texto— permite un mayor desarrollo de los motivos esbozados. También en *Estas manos* hay alguna que otra técnica que en *Loma ardiente* no se prodiga: las notas subtextuales o los diálogos o los epígrafes, por ejemplo.

Estas manos puede entenderse como la relación de la vida de un medrador, Miguel Gómez. Este tenía un «camino que se estaba labrando a pulso, con las manos, como los alfareros, los escritores y los pugilistas»: usó sus manos para caminar, como le recomendaba su padre, Terencio Gómez, ciego (por lavarse los ojos con jabón germicida) y adivinador, como un nuevo Tiresias. No es ocioso mencionar al oráculo griego: los epítetos que reiteradamente caracterizan a distintos personajes recuerdan los homéricos: «Sinoreja, que era hijo de la señora Lutecia y que robaba jazmines»; «el maestro, que era medio brasileiro»; «Federico II de Hohenstaufen Emperador de los Romanos, Rey de Jerusalén, tres veces excomulgado, pederasta, mujeriego y místico».

En sus novelas (en las cuales los capítulos aparecen sin títulos y sin numerar) Pernett y Morales incorpora varias de las técnicas de la novela contemporánea.

Justo Arroyo, narrador

Justo Arroyo, profesor de literatura por formación, publicó su primer escrito independiente en 1966. Era el librito *La gayola* [9], conocido previamente por un

[9] JUSTO ARROYO: *La gayola* (Premio de los Juegos Florales de Guatemala, 1966). Imprenta Ricardo, 1972, 52 págs., segunda edición.

fragmento que apareció en revista. En su momento, aseguran, fue la única obra panameña encuadrada dentro de las tendencias de la nueva narrativa hispanoamericana. Rodrigo Miró, el más constante historiador de la literatura panameña, consideró que el volumen era un «despilfarro de aptitudes» (*La literatura panameña* [10], 1976, 3.ª ed., pág. 285), frase de la cual conviene subrayar el segundo sustantivo. Luego Arroyo siguió publicando, acaso con demasiada premura, lo que lo hizo repetirse temáticamente en sus narraciones más largas: *Dedos* [11], *Dejando atrás al hombre de celofán* [12], *Capricornio en gris* [13] y *El pez y el segundo* [14]. Con la excepción de *Capricornio en gris,* libro de cuentos, Arroyo inscribe los otros bajo el problemático rubro de la novela, a pesar de la brevedad que los caracteriza. *Dejando atrás al hombre de celofán* no hay que regatearle el título de novela. No obstante su mejorable construcción, ha tenido más de una edición, lo cual es un hecho digno de mencionar, pues en el país los libros suelen reducirse a dos mil ejemplares en una primera y única edición, por meritorios que sean. (Tal es el caso de la excelente *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró,* de Elsie Alvarado de Ricord, obra de la que aún ni sabemos si se publicaron tantos ejemplares, pues el colofón del libro no lo indica.)

Excepción hecha de sus cuentos y de *La gayola,* el protagonista que se repite en sus otras ficciones suele ser el del profesor (casi siempre de literatura) de vida sexual (pre o extramarital) activa, quien se debate entre cumplir con las convenciones sociales y una vida más libre, dedicada a escribir. (El protagonista prefiere lo segundo.)

En la corta narración que es *La gayola* (son cincuenta y dos páginas, incluido el prólogo de José de Jesús Martínez, que ocupa seis, y que insiste preferentemente sobre el hecho de que *La gayola* es novela y no cuento, pues no menciona la posibilidad de categorizarla como relato), se presentan momentos de la vida de Carlos Barajas y de la de su amigo José Semper. Semper es autor de una novela, *La gayola,* a la cual le ha dedicado más de tres años. La novela de Semper se mantiene inédita, pues se suicida al enterarse de que tiene un cáncer pulmonar y su amigo Barajas destruye el manuscrito. En la obra se utilizan técnicas de la narrativa contemporánea y aparecen tres constantes de la obra de Arroyo: el escritor y sus problemas, el jazz y el sexo.

Esas constantes reaparecerán en *Dejando atrás al hombre de celofán,* en la que se utilizan elementos autobiográficos (como en *Dedos)* para fabular la vida de un joven y rijoso profesor de literatura que ejerce en Bocas del Toro, provincia panameña desatendida y limítrofe con Costa Rica. Como en *El ahogado,* de Solarte, que transcurre en la misma región, se retrata el grupo antillano, característico de aquella provincia.

Una mayor labor de poda en la obra hubiera eliminado los tributos a los manes

---

[10] Esta y la *Historia de la literatura panameña* (México, UNAM, 1964, segunda edición, 1972), de Ismael García S., son las únicas obras de conjunto sobre la literatura de Panamá. Las dos merecen ya una revisión.

[11] JUSTO ARROYO: *Dedos,* México, Editorial Novaro, 1971, 165 págs. Hay segunda edición panameña.

[12] JUSTO ARROYO: *Dejando atrás al hombre de celofán.* Editora de la Nación, 1973. El libro fue premio Miró de 1971 en la Sección Novela.

[13] JUSTO ARROYO: *Capricornio en gris,* INCUDE, 1974. El libro fue Premio Miró.

[14] JUSTO ARROYO: *El pez y el segundo.* San José (Costa Rica), EDUCA, 1979, 70 págs.

de Cortázar que en la obra sorprenden. Y hubieran modificado la primera parte, de dudosa necesidad para el logro total.

La preocupación por la injusticia social (antes constatada en *Dedos)* resurgirá en *Dejando atrás al hombre de celofán,* donde acaso esté más medularmente tratada, pues en *Dedos* resulta un tanto fugaz. Este aspecto (el de la injusticia social concretada en *Dejando atrás* en la presencia norteamericana en Panamá —en *Dedos* la alusión es a la sociedad clasista—) ha merecido un estudio crítico publicado en *Cuadernos hispanoamericanos.*

Un ejercicio proficuo para un futuro especialista sería comparar los personajes de *Dedos* a los de *Dejando atrás al hombre de celofán,* porque las similitudes son obvias.

Capricornio en gris reúne diez cuentos con sendos epígrafes de prominentes narradores contemporáneos (desde Virginia Woolf hasta Juan Marsé, pasando por Onetti, Cortázar y Juan Goytisolo). En el cuento «Géminis» se practica un tema fantástico de base sexual nada despreciablemente trabajado: Asil y Lisa quieren separarse después de las relaciones íntimas, pero cada vez que Asil trata de retirarse algo dentro de Lisa lo retiene y amenaza castrarlo. Sólo la intervención médica logra la disolución de la pareja. El tema del jazz aparece en «El jazzista y su mujer» y en «Acuario viene a almorzar»; y en «33 1/3» la preocupación con el autor y la operación de escribir se notan una vez más en Arroyo. Otros cuentos relatan el fracaso amoroso de alguna pareja o la miseria de la vida mediocre.

Junto con el humor socarrón evidente en sus otras obras y su estar al día en la narrativa contemporánea, en *El pez y el segundo* Arroyo aporta otra vez a las letras panameñas la faceta de lo fantástico. En *El pez y el segundo* se trata del tema del doble. También adelanta la técnica del narrador en segunda persona, que en Panamá es casi insólita. Este procedimiento constituye un punto de convergencia con Pernett y Morales.

La manifiesta influencia de Cortázar [15] (uno de los varios narradores hispanoamericanos a los que Arroyo ha leído bien, como se advierte por ciertas páginas de la novela *Dedos,* en las que se comentan técnicas y resultados de distintos autores); el autobiografismo y la impropiedad de atribuir a personajes locales léxico extranjero (tanto en Arroyo como en Pernett y Morales y en otros narradores panameños hay un problema de expresión) son cosas que Arroyo con el tiempo modificará por su talento, que lo perfila entre uno de los renovadores de la narrativa istmeña, ya que con pocos más le presta elementos muy novedosos.

La crítica literaria: Víctor Fernández Cañizález

No obstante el poco aliento del ambiente mercantilista de Panamá, Víctor Fernández Cañizález ha continuado tenazmente publicando ensayos críticos, que en el Istmo son escasos, porque la crítica supone la comprensión y análisis de las obras y luego la exposición coherente de estos análisis. Esto que perogrullescamente señalo es

[15] Cortázar ha tenido numerosa descendencia literaria en Hispanoamérica. En Panamá, Arroyo, Enrique Jaramillo Levi y Pedro Rivera son los mejores narradores jóvenes que han asimilado sus enseñanzas.

tan infrecuente en Panamá que merece comentarlo. En el país no hay críticos de dedicación exclusiva [16] y los que funcionan como tales no suelen ser profesionales de la literatura con los conocimientos adecuados. Así abundan las notitas elogiosas (en el fondo nocivas) publicadas en gracia de la amistad o los comentarios demoledores, alimentados por la enemistad. Pocos se sustraen de estas dos tendencias. Afortunadamente Fernández Cañizález es uno de éstos.

Hasta ahora la publicación principal de Fernández es *La patria en la lírica istmeña* [17], en la que demuestra conocimientos sólidos de la poesía panameña. En su libro le pasa revista a ésta en cuanto referida al tema de la patria. Como propios y extraños han puesto en duda la existencia del concepto de nación panameña (es éste un problema de todos los países jóvenes), Víctor Fernández Cañizález ha querido demostrar a través de su estudio que el sentimiento de nación no es una fantasía erudita sino una realidad efectiva en, entre otros, los poetas de distintas épocas.

Para estudiar mejor la poesía del siglo XIX, Fernández la divide por temas: el tema hispánico, los derechos del hombre, el ideal americanista, la Gran Colombia y alusiones religiosas.

Ordena la poesía del siglo XX en poesía íntima, civil, político-social, el hecho histórico (son las referencias a la secesión de Panamá de Colombia, en 1903), el porvenir de la patria (en la que se estudian dos extensos poemas del decenio del 50) y *«Poemas nacionalistas de 1964»*, año en que los panameños se enfrentaron a la metralla de los norteamericanos. El enfrentamiento dejó un generoso saldo de muertos panameños, tanto adultos como niños.

En el capítulo tercero del ensayo *«El sentir patriótico en el folklore»*, Fernández Cañizález estudia el tema de la patria en la poesía popular, ya que en los anteriores enfoca la poesía culta.

Historia y literatura se amalgaman felizmente en este importante ensayo de Fernández Cañizález.

Fernández (en su momento también ganador del Premio Miró) no es sólo conocedor de poesía. También estudia la novela. Sobre el desenvolvimiento de este género en el Istmo ha escrito una larga serie de cualificadas páginas que han servido para elevar honrosamente el nivel cultural de los que en Panamá (y son legión) tienen como única lectura los diarios. Su labor divulgadora es ejemplar y de positivos beneficios para la cultura de su país. Novelistas como Beleño o Solarte han pasado el escrutinio crítico de Fernández, abordado siempre con metodología estilística, pues Fernández ha seguido aventajadamente en la línea de Elsie Alvarado de Ricord. Sobre la obra poética de esta autora él ha difundido varios ensayos que son, hasta el momento, lo de más altura y profundidad escrito sobre su poesía, y que se encuentra a muchos metros sobre el nivel de lo restante.

Sobre el Solarte poeta y novelista versó la erudita tesis doctoral de Fernández Cañizález, conocida por un público poco numeroso gracias a un extracto (*Análisis de la obra literaria de Tristán Solarte,* Madrid, 1974). (Fernández es el principal especialista

[16] Tampoco hay escritores profesionales. El único que alcanzó esta distinción fue Gil Blas Tejeira (1901-1975), único ejemplo en Panamá de un escritor que vivía de su pluma.

[17] VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ CAÑIZÁLEZ: *La patria en la lírica istmeña,* EUPAN, 1971, 123 págs.

en la obra de Solarte.) El capaz e inteligente estudio de la obra de Solarte que hace en esas páginas hasta ahora no ha sido superado. Esto se debe a que Fernández Cañizález en sus trabajos maneja amplia bibliografía, analiza atinadamente y demuestra buen sentido crítico, caracteres que son la excepción.

Los escritores cuyos nombres y obras se destacan en estas páginas no agotan la variedad de las letras de Panamá, aunque las representan con decoro o, a veces, extraordinariamente. Los mencionados se dedican a sus tareas con notable conciencia de su oficio, lo cual los hace diferenciarse de muchos otros. Algunos son figuras ya consagradas en el país y todos ameritan que su obra se conozca más allá del limitado ámbito nacional.

MARTÍN JAMIESON VILLIERS
Beauchef, 244, 3.º, 8.
1424 BUENOS AIRES
(Argentina)

Los héroes

Está de moda hablar de los héroes y aún proponer un subrepticio culto a ellos (la coquetería de estos tiempos consiste en oler levemente a reacción, así como en otros momentos se prefirió el perfume del progreso). La moda es una de las maneras más seguras de no enterarse de nada, apelando a los prestigiosos recursos de la improvisación y el atolondramiento. Se confía en que lo que vino con rapidez se vaya con igual velocidad y nadie se ocupe de investigar demasiado de qué se está hablando. Se da por supuesto lo que se ignora y se conviene en saber lo desconocido.

Lo cierto es que el tema del héroe es uno de los más antiguos de la humanidad, sea en forma intuitiva o reflexiva, y tal vez la única clave cierta para adentrarse en el campo de la épica o narrativa (sin distinguir géneros: la teoría de los géneros suele ser una clave engañosa). Filólogos e historiadores de las creencias deben ser oídos en primer término.

La etimología quiere que *héroe* sea palabra de doble vertiente: por una parte significa paradigma, modelo; por otra, indica una dúplice naturaleza, la divina y la humana, la pertinente a este mundo y la correspondiente al otro. En ambos campos se produce el mismo contacto con lo sagrado, es decir, con la alteridad absoluta. Por ello, el héroe, aunque personifique los valores más elevados de una cultura, no debe ser imitado, ni siquiera debe tenerse contacto con él, pues lo sacro se adora de lejos y, cercano, se convierte en fuente de desgracias. Las narraciones heroicas cuentan cómo se seleccionan los pocos elegidos, o sea, cómo pasan exitosamente las pruebas del heroísmo. Extender a toda la humanidad las calidades heroicas sería quitar el poder